

descubriendo á la luz de las bujías un rostro bastante regular y agradable en el que brillaban dos bellos ojos color de tabaco de España, inflamados por la pasión, y en el que sonreía una boca con buena dentadura, encarnada como una cereza y cuyo labio inferior estaba cortado por una pequeña raya. En torno de aquel semblante se desbordaban abundantes y rizadas matas de cabellos castaños que le caían sobre su blancos hombros y aun se arriesgaban á besar los contornos de su seno que se dilataba y oprimía á impulsos de profunda emoción.

—¡La señora marquesa de Bruyeres!—exclamó Leandro en el colmo de la sorpresa y algo receloso, pues le refrescó la memoria el recuerdo de la paliza de marras,—¿es posible? ¿soy juguete de un sueño? ¿me atrevería á creer en esta inesperada dicha?

—No os engaños, amigo mio, yo soy la señora de Bruyeres, y espero que así como vuestros ojos me reconocerá vuestro corazón.

—¡Oh! vuestra imagen la llevo aquí grabada en caracteres de fuego,—respondió Leandro con apasionado acento,—no tengo más que fijarme en mí para verla engalanada de todas las gracias y de todas las perfecciones.

—Os agradezco,—dijo la marquesa,—el buen recuerdo que de mí habeis conservado. Esto prueba un alma noble y generosa. Vos habeis debido creerme cruel, ingrata y falsa. ¡Ah! mi sensible corazón es demasiado tierno para permanecer indiferente á la pasión de que me disteis prueba. Vuestra carta, entregada á una sirviente infiel, cayó en manos del marqués, quien redactó la respuesta que vos recibisteis, y abusó de vuestra buena fé. Mas tarde el señor de Bruyeres, riéndose de lo que él llamaba una buena jugarreta, me hizo leer vuestra misiva, cada una de cuyas palabras rebosaba el amor más vivo y más puro, como un papel ridículo; pero no produjo el efecto que él esperaba. El sentimiento que experimentaba hácia vos no hizo más que acrecerse, y resolví re-

compensaros de los sinsabores que habíais sobrellevado por mí. Sabiendo que mi marido estaba ocupado en su nueva conquista, he venido á Poitiers, donde, oculta detrás de mi máscara, os he oído expresar tan bien el amor fingido, que he querido ver si seríais tan elocuente hablando por vos mismo.

—Señora,—dijo Leandro arrodillándose sobre un almohadon á los piés de la marquesa, quien se habia dejado caer entre los brazos de un sillón, como debilitada por el esfuerzo que habia costado á su pudor la confesion que acababa de hacer,—señora, ó mejor reina y deidad, ¿qué pueden ser palabras disfrazadas, llamas contrahechas, sutilezas imaginadas friamente por poetas que se mascan las uñas, vanos suspiros exhalados de rodillas ante una actriz embadurnada de colorete y cuyas miradas vagan distraidas entre el público, al lado de palabras arrancadas del alma, de fuegos que quemán la médula de los huesos, de las hipérboles de una pasión á la cual el universo entero seria incapaz de proporcionar imágenes bastante brillantes con que adornar su ídolo, y del entusiasmo de un corazón que quisiera saltar del pecho, donde está retenido, para servir de alfombra á los piés del objeto adorado? Vos os dignais encontrar, celestial marquesa, que yo expreso con calor el amor en las comedias; es que jamás he mirado á una actriz, es que mi mente va siempre más allá, en pos de un ideal perfecto, de alguna dama bella, noble, espiritual como vos, y á ella es á quien yo amo bajo los nombres de Silvia, de Doralice y de Isabel, que le sirven de fantasmas.

Hablando así, Leandro, demasiado buen actor para olvidar que la pantomima debe acompañar la palabra, se inclinó sobre una mano que la marquesa le abandonó, y la cubrió de ardientes besos. La señora de Bruyeres dejó errar sus dedos blancos, largos y cargados de anillos por la sedosa y perfumada cabellera del cómico, y miraba sin verlos, medio inclinada en su sillón, los amorcitos alados del techo azul turquí.

De pronto la marquesa apartó de sí á Leandro y se levantó tambaleando.

— ¡Oh! ¡acabad,—dijo con voz breve y jadeante,—acabad, Leandro, vuestros besos me queman y me vuelven loca!

Una aurora de invierno enviaba á la tierra sus amortiguados resplandores, cuando Leandro, envuelto en su capa y durmiendo á medias en el fondo de la carroza, fué conducido á la puerta de Poitiers. Habiendo levantado una punta de las cortinillas para reconocer el camino, percibió de léjos al marqués de Bruyeres que iba al lado de Sigognac y se dirigia hácia el sitio donde debia tener lugar el duelo. Leandro dejó caer la cortinilla de cuero para no ser visto del marqués al lado de quien pasó casi rozándole la carroza. Una sonrisa de venganza satisfecha vagó por los labios del cómico. ¡Los palos estaban vengados!

El sitio escogido para el combate estaba abrigado del viento por una larga pared que además tenia la ventaja de ocultar á los combatientes á los viajeros que pasaban por el camino. El terreno era firme, bien apisonado, sin piedras, glebas ni matas de yerba que pudiesen embarazar el movimiento de los piés, y ofrecia todas las facilidades para cortarse correctamente la garganta entre hidalgos.

El duque de Vallombreuse y el caballero de Vidaline, seguidos de un barbero cirujano, no se hicieron aguardar. Los cuatro hidalgos se saludaron con altanera cortesía y fria urbanidad, como corresponde á gentes bien educadas que van á batirse á muerte. La más completa indolencia se leia en el rostro del jóven duque, valiente á toda prueba, y por otra parte seguro de su destreza. Sigognac no ofrecia peor aspec-



EL DESAFÍO.

to, aunque aquel fuese su primer desafío. El marqués de Bruyeres quedó muy satisfecho de la sangre fría de su apadrinado y auguró bien de ella.

Vallombreuse se desembarazó de su capa y de su sombrero, y se desabrochó el jubon, maniobras que fueron imitadas por Sigognac. El marqués y el caballero midieron las espadas de los combatientes. Eran de igual longitud.

Cada uno ocupó su sitio, tomó su espada y se puso en guardia.

—Adelante, señores, y portaos como valientes,—dijo el marqués.

—La recomendacion es inútil,—repuso el caballero de Vidaline;—van á batirse como leones. Será un duelo soberbio.

Vallombreuse, quien, en su interior, no podia ménos de despreciar un poco á Sigognac y se figuraba no encontrar más que un débil adversario, quedó sorprendido, cuando hubo tanteado negligentemente la espada del Baron, de encontrar una hoja flexible y fuerte que con admirable soltura desviaba la suya. Puso pues más atencion en el juego, y aun intentó algunos falsos ataques que fueron adivinados al punto. Por poco que quedase en descubierto, la punta de la espada Sigognac le salia al encuentro, de la que apenas se libraba por un reparo. Arriesgó un ataque; su espada, desviada por una respuesta inteligente, le dejó en descubierto y, si no se hubiese echado bruscamente hácia atrás, hubiera sido alcanzado en mitad del pecho. Para el duque, la faz del combate cambiaba. Habia creido poder dirigirle á su albedrío, y, despues de algunos pasos, herir á Sigognac donde él quisiese por medio de un bote que hasta entonces le habia salido bien. Mas no sólo el jóven duque no era ya dueño de atacar á su antojo, sino que tenia que echar mano de toda su habilidad para defenderse. Por mucho que hiciese para conservar su sangre fría, la cólera iba apoderándose de él; sentíase ponerse nervioso y febril, mientras que Sigognac, impasible, parecía, por su táctica irreprochable, complacerse en irritarle.

—¿Y nosotros vamos á estar mano sobre mano mientras nuestros amigos cruzan los aceros?—dijo el caballero de Vidaline al marqués de Bruyeres;—la mañana es muy fria, batámonos un poco, no sea sino para entrar en calor.

—De buena gana,—respondió el marqués,—estó nos des-
entorpecerá.

Como el caballero de Vidaline era superior al marqués de Bruyeres en ciencia de esgrima, despues de algunos botes le hizo saltar la espada de la mano por medio de una ligazon seca y rápida. Mas como ningun rencor existia entre los dos, se detuvieron de comun acuerdo, y su atencion se fijó en Sigognac y Vallombreuse.

El duque, acosado por el juego cerrado del Baron, habia ya retrocedido muchos pasos. Fatigábase y su respiracion se hacia jadeante. De vez en cuando de los hierros refregados rápidamente partia una azulada chispa, pero las réplicas de Vallombreuse iban debilitándose ante la energía del ataque. Sigognac que, despues de haber fatigado á su adversario, iba tirando á fondo bote tras bote, hacia retroceder sin cesar al duque.

El caballero de Vidaline estaba muy pálido y empezaba á temer por su amigo. Era evidente, á los ojos de los inteligentes en esgrima, que la ventaja estaba de parte de Sigognac.

—¿Porqué,—murmuró Vidaline,—Vallombreuse no ensaya la estocada que le enseñó Girolamo de Nápoles y que ese gascon no debé de conocer?

Como si hubiese leído en el pensamiento de su amigo, el jóven duque intentó ejecutar la famosa estocada, pero en el mismo instanté en que por un movimiento rápido iba á tirarla, Sigognac le dió un quite y se echó á fondo con tanta destreza, que su acero atravesó de parte á parte el antebrazo de su contrario, á quien el dolor de la herida le hizo abrir los dedos y caersele la espada.

Sigognac, con irreprochable cortesía, se detuvo al punto, aunque hubiera podido repetir el golpe sin faltar á las leyes

del duelo, que no debia parar á la primera sangre. Apoyó en tierra la punta de su espada, puso la mano izquierda en su cadera y pareció aguardar la decision de su adversario. Pero Vallombreuse, á quien, á un gesto de asentimiento de Sigognac, Vidaline entregó de nuevo la espada, no pudo sostenerla é hizo seña de que daba por terminado el duelo.

Atendido lo cual Sigognac y el marqués de Bruyeres saludaron del modo más cortés del mundo al duque de Vallombreuse y al caballero de Vidaline, y se dirigieron de nuevo camino de la ciudad.

UNA CABEZA EN UN TRAGALUZ.